

## TERTULIAS LITERARIAS

## POMBO, 1930

RATIFICACION DE LA  
TESIS DE POMBO

Durante la última época pombiana ha habido una larga ausencia mía.

Me fui a París a buscar mayor altura y mayor independencia, y como al salir de Madrid el tren echó a correr, como era natural, alguien creyó que yo huía de cosas imaginarias, y hubo algunos maldicientes que, como los perros que galopan detrás del tren porque creen también que huye, comenzaron a ladrar sus habladurías y a hacer que iban a llegar donde yo iba, empujando la graciosa carrera que en seguida queda apagada en la impotencia.

Soy empedernido y lo seré más; pero en España no es necesario huir nunca de los hombres, porque no llegan a dar pavor jamás, y de las mujeres es inútil huir, porque de ellas no se libra uno nunca, y nos perseguirán siempre con sus amables y violentas insistencias.

¡Si yo hubiese podido viajar como el Rey Abdullá, que cuando sale de viaje lleva en su séquito a sus enemigos! ¡Pero yo no tenía dinero para eso!

En París sufrí todo lo que se sufre en París, por más que se lleve a la gran ciudad un vivo haz de voluptuosidades descontentas y la ansiedad de ver aquellas albas que duran todo el día. Allí me metí en la campana de cristal helado de las experiencias, y aunque puse casa, hubo un momento que tiré todos los muebles por el balcón.

Todo comenzó a atacarme; las sesiones continuas de los cinematógrafos, que dan remasado el espectáculo, ya por sí de papel mascado, sin saber cuándo comienza y cuándo acaba el programa; el exceso de tiendas de coronas—esos sombreros de los muertos—de alambre y abalorios, con algo de esqueletos de corona; el desgano de tener que pedir alcachofas en el restaurante y aderezarlas con las vinajeras del desterrado; el corte al aire de esas casas antiguas de las demoliciones, que muestran en su pared última el mapa de humo de las chimeneas, el camino ascendente de la intimidad de muchas noches, la impresión de hollín del drama insostenible de la vida; los postes de Correos, siempre vomitando correspondencia en las sacas de los empleados de la Cruz Roja de Correos; los autos sin perfume que sólo parecen llevar unas piernas a una sedería; esas cuetecitas que les salen a los bulevares y que son su momento de soledad y de desengaño irremediable; las columnas de los teatros llenas de personajes en conserva, cárceles de ansiedad pasional de cuyo fondo salen desgarrados gritos de "¡Sacadme de aquí!"; el cansancio de las mismas mujeres galantes, cuya galantería es trajín, y que se quitan los zapatos en cuanto se sientan a una mesa; la visión de la maternidad triste de estas mujeres que paren primero al niño de ojos azules y cabeza muy grande y después el cochecito—lo que deben sufrir!—, que siendo mujeres de lugar tan pacífico conducen a su hijo como si condujeran un guerrero árbitro de los destinos futuros; el que en las jaulas de los pájaros tengan que poner bolas azules y doradas para hacerles soportable la grisura ambiente; el ver constantemente el alma de los atropellados que parpadea con un tono verde en medio de las calles, etc., etc.

No me compensaba de la ciudad tentacular ni de la visión de la lucha por la vida, que está más desnuda y angulizada que nunca en medio de las calles, el poder de su espíritu conservado por sus poetas y el que la poesía esté siempre presentando armas al cielo en la lira que corona el Gran Teatro de la Opera.

Viviendo en París se va convirtiendo uno en vieja, no en viejo, y se acaba sentado en un sillón y con un chal a la espalda.

Todo me llegó a apenar, hasta el espectáculo que se goza desde el Arco del Triunfo, y en que, ya apagada la ola verde de los automóviles, sólo queda la visión de las lucecitas de los miles de automóviles que como una ráfaga de fuegos fatuos ascienden y descienden por la ancha rampa.

El extranjero ha de sufrir, además, la exasperación limitrofe de ese deseo que tiene Francia de ser una isla.

Inventé allí, para ver si reaccionaba contra el medio negro, una tertulia literaria en un pequeño café de Montparnasse, "La Consigne", donde la consigna era amistad y conversación; pero todo fué inútil, aunque logré reunir allí un numeroso grupo de españoles y sudamericanos, en fraterna playa.

Como una salida de mi "impasse" triste, emprendí un viaje a Alemania para tomar carrerilla para el regreso.

En el Berlín firme encontré ese aire potente con que se siente el nido de los inventores y de los silenciosos preparadores de las grandes teorías, en medio de su edificación apaisada y de hombros cuadrados.

Pero entre sus cafés, llenos de altavoces para

una sola orquesta y sus cajas de muerto—las más formales del mundo—se va convirtiendo uno en mecanógrafo de Banco. Los pueblos del Norte tienen que conformarse con ser del Norte.

De nuevo comprobé que en Europa, excepción de España, está echado el "completo", y todo lo rige un espíritu de almacén de ropas hechas. También comprobé que en el mundo la prepotencia de ver un solo lado de la vida produce las grandes teorías, y que España tiene, para defecto de su monstruosidad altipotente, la condición de ver vagamente todos los lados del poliedro de la vida, y por eso su pacificidad de situarse sensatamente en medio.

Cada vez se especificaba más en mí mi preferencia por la apatía oriental y trágica de la vida, en vez de aceptar esta lucha por la vida con un aspecto mediocre y negro. Ya por el mundo todos se son extraños, y sólo están ligados por un egoísmo económico, como si todos fuesen extranjeros en la ciudad..., hasta que suenan las trompetas.

Conseguida esa impresión desoladora del mun-

Allí no se habla sino de lo que se necesita que se hable en lenguaje nuevo, situándonos en campos de nueva arquitectura, con una locura inclasificada que sólo en última instancia es locura política por lo que tiene de político todo lo que intente renovar la vida y darla una libertad sensible mucho mayor que la que tiene. ¡Como que no hay mayor círculo político que el que propone el programa de la transformación radical de las costumbres!

Este es un país tan poco rebelde que mira mal el minimum de rebeldía personal, que es ir sin sombrero. Todos han de llevar su sombrero o su gorrita de categoría. Cuando vengan los días de normalidad citaré a revista en el Prado a todos los seres asépticos y ya en principio de mayor audacia que no usan sombrero.

Allí nos veremos todos los prosélitos, sin encogido y mendaz proselitismo, los encarados con un porvenir de nuevas soluciones sin título, los que estamos dedicados a la propaganda del nuevo sin pertenecer a ningún comité.

Se necesita una juventud suelta, sin espíritu de clase ninguno, que se dedique a actuar de sobrepasadora de las circunstancias, de rompedora de todos los tópicos, los autoritarios primero y los partidistas después. Hay que tener mucho cuidado de que no actúe como ratonera ninguna fórmula antigua.

Sólo bajo esa determinación aséptica del "sinsombrerismo" podríamos formular un partido de actuación alegre y enérgica para llevar

quietud, más estímulo de comprender, más sorpresa viva, más pánico logrado.

Huir de los seres makferlánicos, aparezcan donde aparezcan, y no dar golpes de carnero contra las paredes maestras, sino buscar las puertas y los rodeos con magia de inteligencia.

No dejarnos llevar de esa facilidad que hay en contagiarse contra las protestas fútiles en las plataformas de los tranvías. Huir de esos oradores que son capaces de meternos en tópicos mayores y más irreductibles que los que ya están debilitados en la España contemporánea.

Frente a todos los nacionalismos que imperan en Europa, da pena ver una España inerte y que no sabe lo que piensa. Claro que estamos muy lejos de la Europa central, que es la que rige, situados en el ala muerta de esa Europa; pero éste era el momento de crear un españolismo alegre, lírico, con música—pues ninguna subversión se operó sin música.

Esperemos que aparezca el grande hombre dispuesto a la actuación decidida por entre las multitudes, pero que dé las noticias de lo moderno bien definidas, con desinfección de tropos, y al mismo tiempo con un lirismo creador más que protestativo, sin esa urgencia de poder antes de haberse probado en los concursos de profetas.

Quiero mantener mi actitud marginal de librepensador, sintiendo todas las posibilidades de la realidad, sin sectarismo, viendo moverse al mundo, sin obcecación ninguna. No disminuyo así el proselitismo de ninguna doctrina, porque hay demasiados prosélitos en todos lados, y para ser cabecilla no sirvo ya, porque mi humorismo fué una operación voluntaria que me impuse sacrificándome a los dioses impasibles y sonrientes y entrando a su servicio juglaresco.

No creo en soluciones que crea el descontento más que el ideal infiltrado en las gentes, horas de propaganda lírica. Mientras no vea fervor y almas iluminadas, todo me parecerá precario y peligroso para el Espíritu que no puede ser aplastado por los cien mil.

Algo más que ese paso de señoritos a descontentadizos y algo más que un "¡alala!" de reventadores. Algo más que vacío en las almas y agresión maniática.

Que vaya unido a todo movimiento un sentido de arte del movimiento. Más trabajo intelectual, más esfuerzo de ideas, en vez de ira flaca y descompuesta. Más esfuerzo en la preparación profunda de las almas.

Las juventudes que se sientan con inteligencia y espíritu superior han de llenar de contenido la subversión evitando que se haga *tabla rasa* con la inteligencia y su elevado lirismo. Tienen que hacerse a sí mismos capitanes posibles, no soldadesca sin rango.

La rebeldía del escritor a la política es la rebeldía última a lo que de tirano y mezquino hay en toda política, sea conservadora o comunista.

El escritor no ha pertenecido a una clase ni a una situación de época; ha obedecido a la poesía, que para dejar en más perfecta posición no voy a calificar de pura o de impura, sino sólo de Poesía, que es nombrar un elemento que está sobre los hombres y que fluctúa sobre el tiempo, y que aun matando a la religión flota indemne y hasta se nutre de la esencia de lo religioso. Por eso no es argumento hablar de que cuando el mundo es colectivista el escritor se debe al colectivismo, pues cuando fué aristocrático o burgués él no obedeció a aquellas estructuras.

Para esa cosa indefinible que puede tomar por tema lo social o no tomarlo es para lo que pedimos respeto e intangibilidad, pues el único crimen que no quedará olvidado es el que cometan las multitudes contra el poeta. Hay una cosa superior a la misma democracia, y que evita que se convierta en dictadura: la idea, la oposición hacia lo alto de todo régimen, sin precipitar los acontecimientos, sin parecer comprometidos en ningún reparto.

En nuestra gazapera esperamos eso, actuando cuantas veces podemos fuera de nuestra sacristía en demostraciones de libertad de pensamiento puro, de las que quede algo más que la escaramuza de la violencia de ojos apretados.

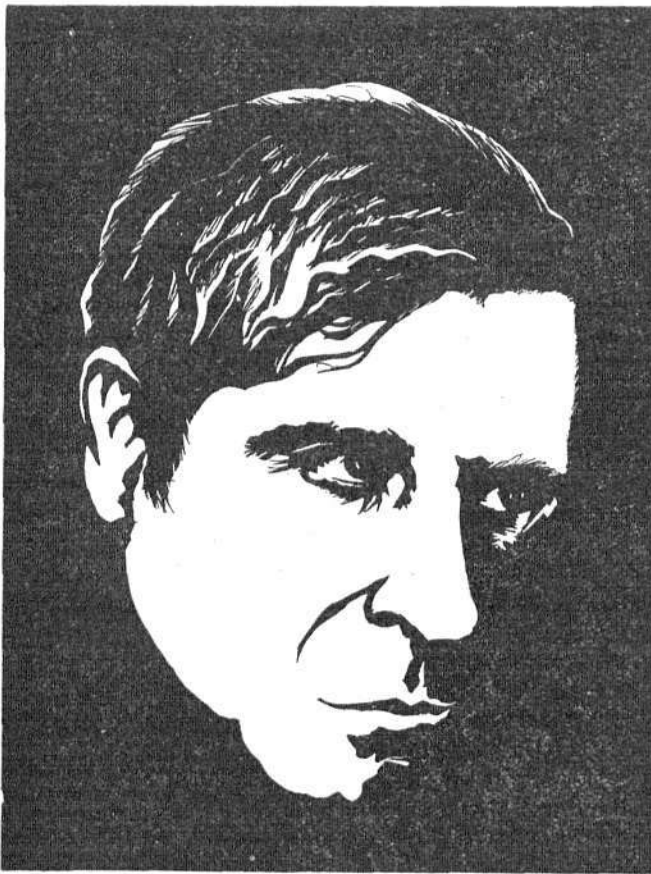
De no ser modelo de lo inventado se salva lo que está en pie gracias a lo que tenga aún de tosco, de espontáneo, de no finalizado.

El arte por el arte es una fórmula intocable de la inspiración del artista; pero de ella brota precisamente el arte más delicioso que pueden gozar los demás, el único en que encuentran goce los mejores y que quedará encerrado en libros eternos para los que logren mejorarse a sí mismos, como una fortuna de premio repartido, como la mayor generosidad posible.

El arte por el arte no es solitarismo ni recundancia, sino la única creación que merece la pena de la excepción que es la publicidad y el aspirar que los otros compartan una emoción desusada.

En el arte por el arte entra el valerse de toda la documentación humana sin ese hozar en el documento ramplón y requetesabido del populismo, procreador de obras mediocres y anodinas.

El arte por el arte no es que el artista esté repugnadamente pegado por la lengua a su espejo, de la filosofía por la filosofía y de la ciencia por la ciencia, sin situarse en tesis ni halago a ninguna clase social de esas que se turnan y se retornan en el fatalismo de la historia: basta



Grafía hecha a punta de tijera por Añez.

do, pensé: "¿Tendrá bastante elasticidad la curva de mi destino unido a Madrid para ir más lejos?" y volví raudo viendo molinos tan comidos por el viento que sólo quedaron de ellos las rasas clavadas en el cielo, sorprendiéndome, como siempre, la valentía de los trenes, que ven la tormenta y se meten en ella, atravesando noches en que los automóviles ponían luz de candelillas en los caminos apagados. Así llegué a la estación de término, convencido de que en el viajar es cuando se ve en su justa proporción el día de vida que tiene el que ha de morir, y cómo se está a merced de un tornillo.

Devuelto a Madrid, depurado por una nueva bohemia en que conocí esas noches frías en que se recurre a los últimos periódicos para la calefacción y en que se busca lo que sobró de ayer para comer al día siguiente, lo primero que hice fué citar de nuevo a Pombo y volver a la risa del viejo café, montado en la cueva más vieja para eso, para reír más, para mayor gausa y subversión. La más bárbara risa, la risa más optimista, estaba en precipitar lo nuevo en tan absurdo lugar viejo. ¡Lerdos los que no comprendieron mi estrategia y mi salto en el contraste!

En seguida ha vuelto a ser Pombo lo que era ocupado por nuevas gentes y los dos o tres amigos fundamentales que mantienen el condensado en el arte, los suficientes para ver tranquilo las deserciones y solazarme con la aparición de los nuevos.

inquietudes y libertad espiritual a las multitudes sin que nos domine la estrechez de una denominación.

Por pereza de la propaganda se sostiene que no hay que hacer propaganda, que hay que ir solamente a apoderarse del poder, y lo que más necesita España y sus multitudes es una propaganda abnegada, elevada en el arte de la palabra, con ambición de ser genial por lo menos, si no llega a serlo. Contar con la fuerza de la multitud, con su deseo de libertad, pero declarar insoportables los cabecillas pequeños y torpes que crisan nuestros oídos con sus vocécitas y sus cortas maneras. Meterlos en la multitud a empujones cuando no merezcan destacarse.

Pie de guerra para evitar tópicos en la política y en todo lo demás y no cegarnos por aprovechar las circunstancias. No creemos en ningún programa lleno de simbolismos empujados. La propaganda de la intensa voluntad de un mundo nuevo está bien dondequiera que se haga; pero ha de estar llena de bocanadas de luz y de liberaciones sin forma y sin fecha.

Un surrealismo general, y en el libro, en la conferencia, en el cuadro, en las películas y en la poesía, la disociación espléndida, la rebasación.

Algo gracias a lo que quedaran mayores agujeros y círculos abiertos en la vida, mayor in-